

CAPITULO XII

Recapitulacion.—Sucesos de la capital.—Coalicion de los Estados.—Pronunciamiento de Zuloaga desconociendo á Comonfort.—Liber-
tad de Juarez.—Instalacion del gobierno constitucional en Guana-
juato.



A hemos visto cómo un carácter débil y una falta absoluta de convicciones preparó desde lo alto del poder una reaccion que, vencida en los campos de batalla, triunfó por el camino de la intriga y de la doblez. Comprometidos el Ministro de Hacienda y el general Zuloaga, precipitaron al presidente á un golpe largo tiempo meditado, y en el que tal vez ya no pensaban, gracias al consejo de Doblado; pero aquel término medio en que habian colocado al gobierno, sin disminuir en nada su traicion, sin contentar á ningun partido, no podia durar por mucho tiempo; y como para ellos lo que importaba era destruir los hombres y las cosas que habian traicionado, poco les importaba entregar la situacion al partido clerical. Para ello tenian un obstáculo: el caudillo mismo que habian escogido, el general Comonfort, traidor y todo al juramento que habia prestado; enemigo de las reformas que exigian los hombres de Ayutla, no era tampoco capaz de inclinar la balanza política del lado del retroceso: su mayor gloria hubiera consistido en gobernar con esos hombres que pro-

fesan en el fondo todos los principios democráticos; pero que el miedo ó las preocupaciones propias ó extrañas, le hacen exclamar aquella frase de *no es tiempo*, rémora eterna de todo progreso. Esto hubieron de comprender bien pronto los mismos hombres que lo habian precipitado, y el temor de un paso atras hubo de precipitarlos á un nuevo pronunciamiento.

El partido liberal no se ocupó desde aquel dia sino de reunir sus elementos, de prepararse para la lucha, y de acudir en masa á los Estados á fomentar la contrarrevolucion; los moderados se excusaron de tomar participio alguno, como lo acostumbran en las grandes crisis; y los conservadores, puestos en reserva, esperaban impasibles la hora de lanzarse á la lucha, minando entretanto la discutible lealtad de los gefes de la guarnicion de México.

Cumpliendo con lo prevenido en el plan de Tacubaya, Comonfort instaló el 25 de Diciembre el llamado Consejo de Estado, pronunciando en aquella solemnidad las siguientes palabras:

SEÑORES CONSEJEROS:

“ Al aceptar el mando supremo de la República que el Plan de Tacubaya ha puesto en mis manos recientemente, yo no he sacrificado á ningun género de ambicion mis principios ni mis opiniones, ni me he propuesto triunfar sobre ningun partido, ni me ha lisonjeado la tentacion de ejercer á mi arbitrio un poder sin límite. Libertar á la nacion de la anarquía y conducirla por en medio de la paz á la libre adopcion de sus futuras instituciones, este ha sido mi pensamiento y mi único propósito. Sé que el anuncio de la dictadura suele suscitar en la imaginacion de los pueblos la idea de un porvenir formidable: hé aquí la razon por la cual nada he deseado mas que alejar de mis conciudadanos todo temor sobre este punto, y la eleccion de las personas nombradas para formar el consejo de gobierno que conforme á lo dispuesto en el mismo plan ha debido convocarse, hará conocer que mi objeto ha sido el de llamar en auxilio de mis esfuerzos y en garantía de mis sanas intenciones, la inteligencia y el prestigio de los hombres á quienes el pueblo ha honrado siempre con su confianza. A vosotros os toca, señores, repetir en esta vez los testimonios que habeis dado de vuestro celo por el bien de la patria, y estad seguros de que si las graves dificultades que ofrece á la vista de todos el estado actual de nuestros negocios públicos, llegan á ceder, como yo lo espero, á la asiduidad y eficacia de vuestra cooperacion, habeis hecho á vuestros conciudadanos el mejor bien que todos debemos esperar de la Providencia: habeis restablecido

“ la concordia en el seno de nuestra gran familia. ¡Dios bendiga nuestra esperanza!”

Aquel consejo nada hizo ni podia hacer: su origen ilegal le quitaba todo prestigio, y en aquellos momentos ningun partido se sometia á las pretensiones absurdas del Presidente. Esa manifestacion constante de hacer de un pueblo una gran familia en aspiraciones, era un absurdo imposible, hijo de una ignorancia profunda de la historia y de la ciencia del gobierno. Las luchas políticas nacen no solo de la ambicion de los hombres, sino de la diversidad de sus conciencias; no son las mas veces sino una manifestacion de esa guerra infinita, interminable, nacida con el hombre y que no debe acabar sino con él; guerra cuyo origen es fisiológico y que estalla en todos los seres, en todos los cuerpos inertes ó animados, personales ó sociales; esa guerra, en fin, que como dice Michelet, no es sino la lucha de la libertad contra la tiranía, de la razon contra las preocupaciones, del espíritu contra la materia; guerra, en fin, que se manifiesta en los campos de batalla, en las discusiones de la prensa y el parlamento; en las disensiones domésticas; en las contradicciones legislativas; en la sobreposicion de las capas geológicas, y en las formas abruptas de las cordilleras, demostrando que una lucha eterna y gigantesca es el camino por el cual marchan el mundo, las sociedades y los hombres en su progreso gradual é infinito, y desconocer esto, unificar las conciencias, amoldar á ocho millones de hombres á un cartabon fijo; aplacar los odios que nacen y mueren con el ser humano y son una condicion fisiológica de su espíritu, era, ó un rasgo de incomprensible candor, ó la careta de una ambicion bastarda. Pueblos existen en la tierra que se desarrollan y progresan guiados por una aspiracion comun; pueblos que han llegado á la mas completa unidad nacional. Pero en el seno mismo de esa unidad, existen y se agitan, luchan y se atacan los partidos políticos, variando á cada paso la marcha política de una Nacion. ¿Quién puede negar que la Inglaterra tiene el aspecto de una gran familia, y allí, sin embargo, la tribuna, la prensa y no pocas veces las plazas y las calles públicas, sirven de teatro á las contiendas entre los *torys* y *whites*; entre los católicos de Irlanda y la policia protestante del Reino Unido de la Gran Bretaña? La lucha política, y mas como la lucha de aquellos dias, es una condicion del estado social de los pueblos que tienden á nivelarse con la marcha y con el espíritu de un siglo de progreso como es el nuestro.

De nada, pues, sirvieron en el consejo de [Estado las ampulosas frases del discurso presidencial; los Estados de la Federacion protestaron contra un atentado tan inicuo y tan infame, y la república entera se preparó á una guerra civil, como si la salvacion de dos funcionarios desleales valiese lo que la sangre que se iba á derramar en toda la extension del territorio nacional.

El clero, entretanto, daba su apoyo moral al pronunciamiento de Tacubaya; el 23 de Diciembre el Arzobispado de México declaraba solemnemente * que los que jurasen el plan de Tacubaya, estaban exentos de las penas impuestas á los que habian jurado la Constitucion.

Los liberales no abandonaban tampoco el terreno de la lucha. Dice el Sr. Baz en su manifiesto:

“Desde el momento del pronunciamiento empezamos á mover todos los recursos para derrocar el nuevo órden de cosas, y llegamos á adquirir los medios de verificarlo: noticioso el Sr. Comonfort llamó á los Sres. Trias y del Rio, y les anunció que iba á volver al órden constitucional, y á poner en libertad al Sr. Juarez para que se pusiera al frente del gobierno, y les preguntó en qué cuerpos tenian confianza para que estos ocupasen el Palacio. Descubriendo por este arbitrio cuáles cuerpos le eran contrarios, despidió á aquellos señores con desaire y tomó medidas que hicieron fracasar nuestro plan.

“No solo trabajaba yo en la capital, sino fuera de ella: al Sr. D. Eufemio Rojas le conseguí del mismo gobierno doscientos pesos de lo que se le adeudaba como diputado, porque me dijo que con esta cantidad se llevaria trescientos fusiles de la capital á los Llanos. A este mismo señor y á Romero les dí dos cartas, una de D. Pascual Miranda para Villagra, segundo de las fuerzas que mandaba Barreiro, para que se pronunciara, y otra mia para el mismo Barreiro, para que si este señor llegaba á descubrir á dichos individuos, no sospechase de ellos.

“Escribí al Sr. Doblado dos cartas; una para que no entrase en ningun arreglo con el Sr. Comonfort, y otra en que le dí muchos pormenores de lo que pasaba en México y de los planes que se fraguaban en la Capital con el objeto de desconcertar la Coalicion; entre ellos el de procurar que cada Estado invocase causa distinta. En dicha carta le exhortaba á que se declarase invariablemente por la Constitucion, pues aunque mala, era la causa de la legalidad: la primera carta la envié por el correo; la segunda la llevó personalmente un amigo mio.

“Pero lo mas importante que hice; lo que justifica plenamente mis ideas é intenciones; lo que desconcertó enteramente á Comonfort, fué mi operacion sobre Veracruz. El dia 25 de Diciembre, es decir, ocho dias despues del pronunciamiento de Zuloaga, y cinco dias despues de aceptado por el Sr. Comonfort, mandé á Veracruz á mi amigo el Sr. Brito, dándole instrucciones escritas y verbales para los Sres. Llave, Iglesias y Zamora, acerca del estado que guardaba Méxi-

* “México, Diciembre 23 de 1857. —Contéstese al señor cura que los juramentados que de público y notorio se hayan adherido ó adhieran al Plan de Tacubaya de 17 del corriente, aceptado el 19 del mismo por el supremo gobierno, no se comprenden ya en la circular de Marzo, ni en lo que con respecto á ellos previene la circular de 13 del pasado. Lo que se hará tambien saber á los señores vicarios foráneos y curas de esta sagrada mitra. — Es copia á la letra. — J. Primo.”

co: en ellas les decía que la situacion estaba enteramente entregada á los reaccionarios; que las personas mas exageradas de este partido eran los directores de la política y los dueños del porvenir del país.

“El Sr. Brito habló con el Sr. Llave en Orizava el dia 27, y con los Sres. Zamora é Iglesias en Veracruz el 29, y el resultado fué que aquel Estado se despronunció, y que esto ha influido poderosamente en que se haya evitado el triunfo de la reaccion, y en que se haya asegurado para el futuro el de la libertad.

“No por esto afirmo que precisamente por mí se hayan puesto contra el plan de Tacubaya los Sres Llave, Iglesias y Zamora; lo hubieran hecho siempre al ver la marcha de Comonfort; pero yo les dí el aviso oportuno, é hice cuanto estuvo de mi parte para que lo verificaran, y para desconcertar á la reaccion. Tambien impedí que el gobierno mandase á Cobos á Orizava con fuerzas, como pretendia, y dí noticias de tal intento al Sr. Llave.

“En estas operaciones corrí un grave peligro: el Sr. Comonfort supo el viaje de Brito y su objeto, por un parte telegráfico que le vino de Veracruz; entró en furor contra mí, y resolvió mi esterminio.”

Comonfort, mientras pasaban aquellos acontecimientos, no sabia qué marcha seguir, y consultaba á cada paso á los hombres de todos los partidos; una de tantas veces; el 31 de Diciembre, despues de la llegada de Brito, reunió Comonfort una junta, sin saber todavía la actitud que habia tomado Veracruz. En dicha junta, una de las últimas que se celebraron, algunos hombres que no podian contarse de los mas exaltados, como los Sres. Iglesias, Cardoso y Riva Palacio, aconsejaban á Comonfort que se echase en brazos del partido liberal, mientras que D. Hilario Elguero lo inducia á seguir el camino contrario.

Al salir de aquella junta fué cuando supo el presidente lo ocurrido en Veracruz, hora terrible de desaliento y de despecho para él, y en la cual quiso fusilar al diputado que habia hecho volver al órden legal á aquel importante Estado; pero Baz logró ponerse en salvo y la situacion se agravó mas y mas cada momento desde aquel dia.

Comonfort, que fluctuaba entre los consejos que se le daban diariamente; que tenia miedo de las reformas; que se veia odiado por la reaccion, tuvo sin embargo suficiente entereza hasta el momento en que recibió la noticia de lo que pasaba en Veracruz.

“¿Qué pasó en Veracruz? dice Payno, no lo sé. Si se dijo que el Sr. Comonfort se inclinaba al retroceso y estaba en vísperas de ser dominado por el clero, esto no era cierto; y á falta de otras pruebas, que no seria difícil exhibir, su misma conducta prueba que no estaba decidido mas que por las ideas que emitió en su manifiesto. *Sea lo que fuere, este golpe fué de gracia.*

—“Estamos perdidos, me dijo en el momento en que le enseñé el parte

del Sr. Ituarte, en que me avisaba que Veracruz se habia despronunciado.

“Lo mismo recuerdo que pasó con el Sr. Arista: todo lo afrontaba, á nada temia: cuando tuvo noticia de que Veracruz se habia pronunciado, perdió el ánimo y ya no tuvo mas idea sino dejar el mando y salir de la República.

“Con esta inaccion de parte de Comonfort; con las intrigas que naturalmente se habian puesto en juego; con los brillantes y exagerados ofrecimientos que en esos casos se hacen, la firmeza de las tropas comenzó á vacilar, y ya como se lo repetia yo al Sr. Comonfort, no habia momento seguro ni se podia contar con nadie.”

En efecto, la mañana del lunes 11 de Enero de 1857, cuando el presidente se disponia para salir al interior de la República, corrió la noticia de que las fuerzas acuarteladas en Santo Domingo y la Ciudadela se habian pronunciado, desconociendo á Comonfort.

¿Qué iba á pasar? ¿Cuál camino seguiria entonces el magistrado que habia destruido por mera condescendencia, segun unos, por un deseo preconcebido, segun otros, la legalidad de su poder?

Aquel movimiento era obra del clero, así lo demostraban los clérigos, los empleados de la administracion de Santa-Anna, los conservadores que recorrian las calles con aire de triunfo y se entregaban á toda clase de demostraciones entusiastas. Entonces, segun dice en su Manifiesto, se acordó el vencedor de Puebla, el reformador de Acapulco, que amaba la libertad, y se decidió á combatir la reaccion.

Episodios hubo ese dia dignos de un sainete: Zuloaga nombrado general en jefe del llamado Ejército Regenerador, se presentó en palacio á excusarse porque el pronunciamiento se habia hecho á pesar suyo, y Comonfort lo dejó salir sin que se le ocurriera dirigirle ni una sola reconvencion.

Comonfort tenia aún cinco mil hombres con que combatir á los pronunciantes; pero esto no era bastante: necesitaba un principio que le sirviese de bandera; un partido moral que lo apoyase, y entonces llamó en torno suyo al partido liberal, á ese mismo partido cuya *marea creciente* habia querido detener con el malhadado plan de Tacubaya, y entonces no pudo menos que *volver á la legalidad*, como dice en su manifiesto: “Y me propuse volver á ella, exclama en este documento tantas veces citado, y entregar el mando á la persona designada por la ley, supuesto que destruido el plan de Tacubaya por sus mismos autores, y siendo ya patentes las tendencias revolucionarias del nuevo pronunciamiento, menos malo era volver al punto de partida.”

La persona que designaba la ley era D. Benito Juarez que, ejerciendo el alto cargo de presidente de la Corte Suprema de Justicia, debia, segun el artículo 79 de la Constitucion de 1857, ocupar la primera magistratura. Juarez habia

permanecido preso en Palacio, y custodiado por el mismo ministro de hacienda, con el pretexto de impedir que fuese asesinado. * Pero semejante decision no fué absolutamente hija de la voluntad de Comonfort. **

* Payno. — Memoria &c., &c., pág. 95.

** Luego que el partido liberal se convenció de que el gobierno del Sr. Comonfort era, si no el autor de aquel atentado, por lo menos el cómplice del plan de Tacubaya, comenzó á agitarse en la capital y sucesivamente fueron llegando las noticias de la reprobacion de los Estados, y con ella su resolucion de defender la constitucion que el país se habia dado por medio de sus legítimos representantes, como la expresion de la voluntad nacional, y como complemento del plan de Ayutla que habia derrocado la dictadura del general Santa-Anna.

Tuvieron lugar varias reuniones de liberales, á las que yo fui invitado y concurri para tratar de los medios que debian emplearse á fin de hacer volver al orden constitucional á la capital, y plantear el gobierno que la constitucion reclamaba. Pero como se tuvieron noticias de que los Estados del Interior preparaban fuerzas respetables para restablecer el orden constitucional, y en la capital no contaban los liberales con los elementos bastantes para obrar decisivamente, se esperaba la aproximacion de las fuerzas del Interior á fin de no aventurar un golpe imprudente que, poniendo á la capital en un conflicto, se comprometiese la causa de la legalidad que debia triunfar infaliblemente, luego que se contara con el apoyo inmediato de las tropas de los Estados, cuya llegada se anunciaba todos los dias como muy cierta. El gobierno del Sr. Comonfort sabia perfectamente por su policia quiénes eran las personas que nos reuniamos porque nadie se ocultaba, y sabia tambien con qué elementos contábamos, á la vez que estaba informado de que no queriamos exponer el éxito por una precipitacion inoportuna. Así es que aun cuando se dieron órdenes para arrestar á varias personas, no se llegaron á ejecutar. En esos dias, antes del dia 11, se entablaron algunas conferencias por medio del Sr. coronel D. J. del Rio, con el mismo Sr. Comonfort, quien luego que supo la decision de los Estados, se manifestaba dispuesto á volver al orden constitucional; pero la dificultad que nunca pudo vencerse, era que el partido liberal exigia la formal entrega de la presidencia al Excmo. Sr. D. Benito Juarez, á quien tenia preso en Palacio el Sr. Comonfort, y este señor pretextaba que los gefes del ejército que se habian sublevado contra la Constitucion rehusaban reconocer al Sr. Juarez como presidente de la República.

Así pasaron los dias desde el 17 de Diciembre hasta el 11 de Enero en que aparecieron la mayor parte de los gefes y tropa que se habian pronunciado por el plan de Tacubaya el dia 17, rebelados contra el Sr. Comonfort y unidos ya á muchos reaccionarios, ocupando la Ciudadela, el convento de San Agustin y el de Santo Domingo, en aptitud hostil y proclamando general en jefe al Sr. Zuloaga. Acababan, pues, de unirse los autores del plan de Tacubaya, enemigos de la Constitucion, con los reaccionarios que invocaban religion y fueros, á quienes aquellos habian combatido por espacio de dos años á las órdenes del Sr. Comonfort. ¡Solo en ciertas gentes, que son la negacion de todo principio, pueden concebirse semejantes trasformaciones! Pero estos son siempre los resultados de la ambicion y de la perfidia.

Luego que yo supe por el aviso de un amigo, que se habia consumado aquella nueva traicion, me dirigí al convento de la Santísima, donde me esperaban varios liberales resueltos á combatir contra el retroceso; inmediatamente que llegué se pusieron á mis órdenes los Sres. coroneles D. Miguel Buenrostro, D. Pascual Miranda y D. José Picazo que mandaba el batallon de guardia nacional Hidalgo. Aquel punto fué bien pronto el de cita de todos los progresistas, y se trató sin tardanza de ponernos en armonía para defender el orden constitucional. Comencé luego á tomar las providencias que me parecian oportunas, y se ocupó el convento de la Merced que abandonó un destacamento que habia allí, el cual se pasó al enemigo que se hallaba en Santo Domingo, recibiendo antes algunos balazos del batallon Hidalgo. Despues se ocupó S. Pedro y S. Pablo, y Loreto, donde se situaron por mi orden los valientes rifleros de Lampazos á las órdenes del Sr. diputado Blanco, que tanto daño hicieron al enemigo en Santo Domingo. El dia siguiente, 12, me ocupé de reforzar dichos puntos, y se tomó el de Sta. Inés, preparándose los materiales para construir parapetos en las alturas dominantes, y trincheras en las avenidas de aquella linea. En la noche de ese dia me ocurrió un incidente digno de notarse: un Reverendo Padre de polendas se me presentó á conferenciar, despues de haber intentado seducir al Sr. coronel Picazo, ofreciéndome la presidencia de la República si secundaba las miras de la reaccion, y me lo aseguraba con tal confianza como si se tratara del priorato de su con-

Al llamar Comonfort al partido liberal para combatir á los que le disputaban el mando, todos los gefes de guardia nacional, algunos militares dechados de valor y de consecuencia, como el general Angel Trias, que se habian negado á tomar participio alguno en los sucesos de la política desde el 17 de Diciembre, acudieron en masa; pero todos manifestaron que el deseo del partido liberal era que resignase el mando en el elegido del pueblo. La honradez, la firmeza de principios de Juarez, era desde entonces una garantía para el partido liberal.

Comonfort empenó su palabra de honor á los gefes reunidos en la Santísima, y pone en libertad á Juarez, que sale inmediatamente para el Interior, donde las fuerzas de los Estados coligados sostenian la causa de la Constitucion y la democracia.

Mientras tanto, la ciudad de México era teatro de una lucha horrible bajo todas sus facetas. Los gefes pronunciados, despues de negarse á todo advenimiento, se negaron tambien á respetar los hospicios, las prisiones y los hospitales, y á los gritos sacrílegos de *viva la religion*, comenzaron á llenar de luto á la ciudad sembrando sus calles y sus plazas de cadáveres, y saqueando las casas de los hombres mas notables del partido liberal.

Entonces como la revolucion de 1847, los frailes recorrian las trincheras de los pronunciados incitándolos á la guerra civil; entonces, como en aquella época, el clero pagaba el *prest* de la tropa, y sus agentes cohechaban á la oficialidad del gobierno que se pasaba en masa al enemigo. La ciudad estaba desierta; por la noche no la iluminaban sino el resplandor fugaz de la artillería y el siniestro fulgor de las granadas; en cada calle se levantaba un parapeto, y en cada puerta se oian los ayes de los moribundos y las quejas de los heridos.

La resistencia fué inútil: Comonfort hizo esfuerzos inauditos para reanimar la moral abatida de la tropa, y desafió con la varonil entereza de un soldado las balas enemigas que se cruzaban en todas direcciones; pero en la mañana del 21

vento, manifestándome que no pensaban en el general Santa-Anna para llenar la vacante del Sr. Comonfort. Mi contestacion fué bien lacónica y precisa: «Reverendo Padre, nosotros tenemos ya presidente que lo es el Sr. Juarez, y en cuanto á vd., váyase arrestado á una de las celdas de este convento.»

Reinaba el mejor orden en toda la línea de la Santísima, y allí era donde acudian todos los liberales á comunicarse las noticias que cada uno habia adquirido; á dar cuenta de los adelantos que se hacian en la capital y fuera de ella, y á fraternizar con toda clase de personas del pueblo, cuando en la mañana del día 13 se presentó en dicho punto de la Santísima el Sr. Comonfort, diciendo que andaba recorriendo las líneas, y manifestándome que estaba identificado con los principios que sosteniamos. Despues de informarse de la fuerza con que contábamos, de los puntos que teniamos ocupados, y cuanto creyó conveniente saber, quiso tener conmigo una conversacion reservada en la que me recomendó mucho la union del partido liberal, y me interrogó si estariamos dispuestos á ayudarlo para vencer á la reaccion que se levantaba de nuevo: le aseguré que estábamos dispuestos á unir nuestros esfuerzos á los suyos con aquel objeto, pero bajo la expresa condicion de que se restableciera el orden legal, y poniéndose en libertad al Sr. Juarez, se le diese á reconocer como presidente de la República llamado por la Constitucion.

—ANGEL TRIAS.—*Refutacion del Manifiesto del Excmo. Sr. D. Ignacio Comonfort*, págs. 5, 6, 7 y 8.

abandonó la ciudad donde era imposible la resistencia. La reaccion habia vencido en la capital, y la flaqueza de un hombre y la traicion de otros, habia provocado una guerra civil que habia de durar hasta el completo exterminio de uno de los bandos contendientes. El alegre clamoreo de las campanas; los majestuosos acordes del *Te Deum*; el regocijo clerical en todas sus facetas, y la embriaguez de la soldadesca, saludaron aquel triunfo del dolo, de la ambicion y del retroceso; y entretanto, el hombre, causa de todos aquellos males, caminaba con una pequeña escolta para Veracruz, á buscar en el destierro el olvido de sus errores, y el magistrado que designaba la ley, recogia la bandera constitucional hecha girones, y se aprestaba á sostenerla en una demanda ruda y desigual.

Comonfort abandonó la república el 7 de Febrero, cuando Juarez habia establecido ya el gobierno constitucional en la ciudad de Guanajuato: el 19 de Enero, identificándose desde aquel instante con la causa de la legalidad, y emprendiendo la lucha mas noble y mas gloriosa que puede emprender un ciudadano, aquella en que se combate por la justicia y el derecho.